



que hizo fue partir hasta Tánger y allí contactó con las mafias.

En la patera había “unas 71 personas”, era “una ‘goma’, una lancha neumática de esas”, explica. Había gente joven en general, chicas y hombres de hasta 30 años. De su ciudad era el único, nadie lo conocía. “Cuando estás dentro no ves ni casas, ni nada. Volver no puedes, solo puedes seguir, a ver si llegas o no”, comenta. Había gente que no podía ver ni el mar, “que parecía que estaba muerta”.

La policía marroquí les pilló la primera vez. Les pincharon la ‘goma’ cerca de la costa y tuvo que volver a su ciudad, después de pagar el viaje. Al mes lo consiguió: pisar tierra después de pasar dos días en el mar. En ese tiempo cuenta que vio la muerte y decidió que la nueva vida que empezaba la tenía que aprovechar.

Primera noche en una comisaría cerca de Tarifa

Las primeras huellas en España las marcó en una playa cerca de Tarifa. “Al llegar a la playa salimos corriendo, cada uno para un lado. La mayoría no sabíamos hablar castellano, aunque algunos entendían un poco, porque habían venido antes y los habían devuelto”, cuenta.

Desorientado y con la ropa mojada, los paisanos pronto detectaron que había llegado una patera y la policía los interceptó. “Estábamos muy asustados y nos dijeron que no tuviéramos miedo”, explica. Después de registrarlo, esa noche durmió en la

comisaría, porque era tarde.

Por la mañana acabó en el centro de primera acogida de Tarifa y ahí empezó su periplo por centros de atención a menores extranjeros no acompañados, MENAS. En ese centro, cuenta que “había muchísima gente y de todas las edades, mayores y menores”. Una semana después lo mandaron a un nuevo destino, en Jerez de la Frontera.

Dos huidas de centros y un tren que terminó por casualidad en Ciudad Real

De nuevo, Karim se topó con la saturación de los centros para migrantes. “Había gente que llevaba un año y todavía no estaba estudiando. Yo quería

Al llegar a la playa, las 71 personas que viajaban en la patera corrieron. Karim acabó durmiendo en la comisaría.

Al día siguiente lo llevaron a un centro de primera acogida en Tarifa, donde “había muchísima gente”

hacer cursos y tenía que salir de allí”, explica. Habló por Facebook con otros jóvenes de Madrid y de Barcelona, y le dijeron “que la cosa estaba mejor”. Su paciencia tenía un límite, por lo que a los dos meses se fugó en tren hacia Madrid.

El chasco fue tremendo al llegar a la capital de España. Acabó en otro centro, “que estaba lleno de

gente, más que los de Andalucía”. “No tenía ni cama donde dormir, tenía que dormir en el suelo”, comenta. Pasó una sola noche y con las mismas se fue a la estación de Atocha y cogió el primer tren. “Que me lleve a dónde sea”, dijo.

Por casualidad, así llegó a Ciudad Real, la localidad donde ha construido los pilares necesarios para cumplir sus sueños. Cuando salió de la estación, empezó a dar vueltas por la ciudad y una persona marroquí le dirigió a la policía, donde le cogieron los datos y comprobaron que se había fugado de algunos centros.

“Les pedí que no me devolvieran allí y me prometieron que me mandarían a uno mejor”, primero el Centro de Primera Acogida y Valoración CEPA en Pozuelo de Calatrava, donde estuvo 5 semanas, y luego un centro de Ciudad Real, donde vivió hasta la mayoría de edad.

Cursos, prácticas, castellano y “una segunda familia”

Alabanzas hacia el centro de menores tutelados por la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha en Ciudad Real no le faltan. Karim reconoce que en este centro aprendió “a convivir con chicos españoles y extranjeros”. También aprendió el idioma: los chicos marroquíes le ayudaron y asistió a cursos en Cepaim y Cruz Roja.

El joven decidió hincar los codos y se apuntó a tercero de la ESO en el instituto Maestre de Calatrava. “También hice FP básica de fabricación y montaje y